

D.F. por Siempre!

## **EL PACTO DE LA CIUDAD DE MEXICO**

### **UN VOTO A FAVOR DE LA ECOLOGIA**

*“La tierra no es una herencia de nuestros padres,  
sino un préstamo de nuestros hijos”*

Proverbio hindú.

Por: José Alfonso Suárez del Real y Aguilera.

El prodigio de la fundación de México-Tenochtitlán radica en la búsqueda constante de lograr el equilibrio y la armonía entre los númenes tribales para lograr la vida permanente de Ollin Tonatiuh, el Sol del Movimiento.

Esa filosofía regía todas y cada una de las acciones de la vida individual y colectiva del pueblo azteca, por ello la decisión de instalarse en el más despreciado islote de los lagos del Valle de Anáhuac, se vio inmersa en la búsqueda del equilibrio y la armonía entre la tierra, por cierto escasa, y aquel portentoso anillo de agua que les rodeaba, el Cem Anáhuac.

Pronto los sabios urbanistas del “ombligo del mundo” encontraron la fórmula y el equilibrio que les permitió expandir la capital azteca poblando la laguna con “chinampas”, terrazas flotantes proveedoras de vida al ser cultivables y de tierra para fincar las casas de los hombres.

La ingeniosa técnica generó una de las mayores concentraciones de la humanidad, la cual en 1521, hizo describir minuciosamente a un asombrado Bernal Díaz del Castillo “maravillas que ni el Amadís hubiese imaginado”.

La conquista castellana, heredera de la avasallante arquitectura del imperio romano y de la solidez germánica, se impuso sobre el animismo cultural de nuestros pueblos y naciones indias, y su impronta destruyó a la par de los templos y palacios, una cultura de equilibrios entre la vida socio-política y la naturaleza, que aseguró por dos centurias la expansión urbana de México-Tenochtitlán.

Desterrada la sabiduría animista de las civilizaciones originarias por la sociedad novohispana, la capital de la colonia, en su egoísta y soberbio afán de competencia con Lima y la propia Corte de Madrid, dio inicio a un proceso de degradación del entorno natural que le era propio, y con el ánimo de contar con tierra suficientemente sólida para edificar sus recias construcciones comenzó a desecar los lagos y con ello a generar el primer “cambio climático” del Valle de México, puesto que a la disminución de la cuenca lacustre el ambiente se tornó más seco y árido.

Los siglos XIX y XX, incansables discípulos de la depredación urbana, concluyeron con la desecación de los lagos, cediendo la tierra obtenida al caos expansivo que en menos de tres décadas transformó a la Ciudad de México en una de las capitales más pobladas del orbe.

Ese hecho, que en algunos fue motivo de orgullo, conllevó el letal riesgo de colapso atmosférico ante el uso irracional de carburantes para movilizar a la masa urbana, catástrofe que obligó a repensar las políticas públicas y a generar una conciencia colectiva de los daños generados por el propio ser humano a nuestro medio ambiente.

Inmersos en la recuperación de una cultura de equilibrios a favor del medio ambiente, grupos de capitalinos han respondido con convicción y entusiasmo a las diversas medidas y programas que las autoridades aplican para lograr frenar e intentar revertir los daños que hemos ocasionado a nuestro entorno ecológico.

Por ello saludamos la iniciativa que permitió que un nutrido grupo de gobernadores y alcaldes de ciudades del mundo emitieran desde este Distrito Federal el Pacto de la Ciudad de México a favor de generar acciones colectivas contra el cambio climático y adoptar mecanismos que permitan acreditar la disminución de emisiones tóxicas obtenidas gracias al apoyo social que recibirán las acciones y programas públicos que se implementen.

Este gran acuerdo demostrará a los Jefes de Estado que cuando existe convicción y voluntad es posible defender la vida del planeta.

Como resultado del establecimiento de este Pacto de la Ciudad de México, el mensaje que el Jefe de Gobierno, Marcelo Ebrard debe llevar a la Cumbre de Cancún, - de la que lamentablemente no se esperan resultados-, es de que los ciudadanos del mundo coincidimos en asumir como propio el proverbio hindú que hace tantas centurias nos enseñó que la tierra es un préstamo de nuestros hijos, y no la herencia de nuestros padres, como pretenden quienes insisten en destruirla.